

CONVIVIR Y VIVIR EN EL MAR

*Sufrimos más en la imaginación
que en la realidad.*

Séneca

Ya estamos dispuestos para el ensayo. Serán siete días de navegación de Canarias a Cabo Verde, siete días y siete noches sin ver tierra. En realidad hemos hecho muchos ensayos, muchas travesías: de Barcelona a Madeira pasando por el interminable Estrecho de Gibraltar, y de Madeira a Tenerife. Además, hay que sumar los viajes que cada verano hacía el *Trotamar*, al que mi padre llamaba “el Correo Balear”, por las innumerables veces que iba y venía de travesía de Barcelona a las islas, cargado de jóvenes (hijos adolescentes, sobrinos y amigos). La tripulación iba cambiando a lo largo de los meses veraniegos y, en ocasiones, llegábamos a atravesar el Mediterráneo hasta cuatro veces en un mes.

La primera vez que subí al *Trotamar* fue en el año 1997. Era también la primera vez que el barco navegaba sin su Capitán, Avelino Bassols. Nos costó tres días llegar a Menorca, donde pasamos una sola noche. Iniciamos la vuelta al amanecer y, sumergidos en una especie de ensimismamiento, nos demoramos hasta cuatro días para cruzar las 112 millas náuticas que separan Ciutadella de Barcelona sin usar el motor que, a fuerza de cruzar océanos, se había estropeado. Fuimos, al capricho del viento, disfrutando de las calmas, del silencio del mar y de inolvidables cenas a la luz de las velas. Recordaré siempre esta primera y preciosa travesía a bordo del *Trotamar*. Acababa de leer el libro de Avelino y en cada esquinita, en cada murmullo de las olas y del susurro del viento, podía sentirse la presencia de este atrevido Capitán, que un día dio la vuelta a su vida y la vuelta al mundo en su velero. Acompañados por la guitarra cantábamos las canciones que más le gustaban: *Mediterráneo, Alfonsina y el Mar*, y sus habaneras preferidas que, en cada una de sus notas, llevaban prendidas una lágrima y un trocito de su recuerdo.

Y así, cada verano, fuimos y volvimos una y otra vez, primero a Baleares y luego a Cerdeña, hasta recorrer...

—¿Cuántos miles de millas, Capitán? —suelo preguntarle
—¡Muchas, muchas millas, maestra! —responde él sin especificar nunca un número concreto.

Nuestra última travesía en el Mediterráneo fue la del verano de 2009, a Cerdeña. Era la prueba. Y fue durante aquella travesía cuando nuestro sueño

comenzó a dejar de ser tan solo eso. Samaya nos acompañaba y su sueño se fundió en el nuestro. Ella compartiría con nosotros esta aventura. Llevamos en nuestras velas muchos temporales, con mares revueltos, llenos de espuma y vientos turbulentos llenos de furia. También llevamos la experiencia de algunas travesías tormentosas, en convivencia con tripulaciones de jóvenes de actitud inconformista y espíritu revolucionario. Durante aquel tiempo de navegación no llegué a experimentar situaciones de temor —aunque sí puedo decir que se sufre mucho más con las tripulaciones mal avenidas que con el peor de los temporales—. Sin embargo, en los seis últimos años siento un nudo en el estómago a la hora de zarpar y los primeros días me acompaña una inquietud que me impide disfrutar del mar. Y es que desde hace seis años mi pequeña hija navega conmigo. Antes no tenía nada que temer, pero ahora llevo en un frágil cascarón mi mayor tesoro, y la responsabilidad de no perderlo se impone sobre todo lo demás. Además, en esta ocasión, todavía hay una razón más consistente que enreda todos mis celos a la hora de zarpar: acabo de dejar a mi madre preparándose para su última travesía. Por ello, en el momento de soltar amarras en la Gomera hacia Cabo Verde, se instaló en mí un miedo sin sentido que me mantuvo alerta durante los primeros días de navegación. Una mezcla de sentimiento de pérdida, de añoranza por lo que dejo atrás, del miedo de los otros por lo que pueda pasar, del mío propio por lo que les pueda pasar a ellos en mi ausencia, del temor que siento al llevar a mi hija a bordo. Todo ello aderezado con el consabido miedo a lo desconocido y una inevitable dosis de pánico por aquello que no ha sucedido pero podría suceder.

Miedo que hace que en mi mente salte el estado de alerta con cada cambio de viento.

—¡Grrrrr, qué revoltijo! ¡Cuántos temores encogen mi ánimo!

Hay un momento en el que me siento paralizada por el miedo a tener miedo. Entonces me digo: «no debes dejarte llevar por tus miedos». A los miedos les encanta robar sueños, y ante eso, hay una solución: aceptar el miedo, exponerte una y otra vez al peligro para comprobar que nada es tan terrible como lo has imaginado y que en realidad no hay nada que temer. Que es solo ruido lo que hace que te estremezcas mientras intentas dormir en el camarote de popa. Que Laia está feliz y no se marea. Que ella sabe mejor que nadie cómo acomodarse al movimiento de las olas y a las incomodidades de a bordo. Que yo puedo cocinar desayuno, comida y cena sin problemas, aunque el barco no deje de moverse, que es una cuestión de esfuerzo y ya lo he hecho antes muchas veces. Y lo más importante: que tu vida es tuya, y el miedo —el tuyo o el de otros— no debe frenarla nunca.

Mientras hacía las guardias escuchaba una canción de Pedro Guerra, que dice:

*Tienen miedo de reír y miedo de llorar,
tienen miedo de encontrarse y miedo de no ser,
tienen miedo de decir y miedo de escuchar,
miedo que da miedo del miedo que da.*



Mi pequeña grumete.

*Tienen miedo de subir y miedo de bajar,
tienen miedo de la noche y miedo del azul,
tienen miedo de escupir y miedo de aguantar,
miedo que da miedo del miedo que da.*

Así, al ritmo de la música, ola a ola, los miedos se marean y se desvanecen, como si fueran nubes. Nubes que descargan sus lágrimas de tristeza, su furia, su viento de nostalgia y después desaparecen. Vendrán nubes nuevas, pero sabes que cuando menos lo pienses saldrá de nuevo el sol.

DIARIO DE A BORDO DE LA GOMERA A CABO VERDE



Jugando en alta mar.

07/01/2012

Olas, olas y más olas (Ana)

Una sucesión interminable de olas nos agita y el *Trotamar*, como una flecha, navega sacudiendo todo lo que lleva en su interior. Yo tiritó y tiritó en cualquier posición. ¿Es de frío? ¿Es de miedo? ¿Qué será? ¿Será simplemente que mi cuerpo se rebela y se debilita poco a poco intentando acomodarse a la nueva situación? Siento la resistencia a alejarme. Siento mil cabos que todavía me amarran a tierra y no sé cómo liberarme, cómo soltar todos estos nudos que me atormentan. ¿Podré atravesar este océano de miedos?

08/01/2012

Achicando temores (Ana)

Amanecer. Mar en calma. Despacio se despide la luna llena y viene el sol, y con el sol asoma la sonrisa de mi niña que se acurruca a mi lado como

un cachorrito. Juntas hacemos la guardia con la primera luz del día. Poco a poco van despertando todos y salen perezosos a la luz. Poco a poco, conforme avanza el sol sobre el océano, se desvanecen mis temores. Poco a poco es más fácil moverse a bordo y la vida comienza de nuevo. Mi sentimiento va cambiando con el tiempo, con el viento y el océano calma mis recelos.

09/01/2012

Alexander von Humboldt II (Ana)

142 millas en las últimas 24 horas. El Atlántico también puede ser amable, sus olas nos mecén. ¿O es que ya nos hemos acostumbrado? Laia pasó la mañana jugando con su familia de peluches dentro de un iglú de plástico que quiso montar en la bañera. El Capitán intentó jugar con ella un ratito, pero salió con las mejillas verdes y olas en su mirada. Sentada en la bañera al último sol de la tarde, se percibe un intenso olor a pescado. ¡El primer dorado ha picado el anzuelo! Un precioso pez azul y amarillo, como pintado, como de cuento. Hoy el horizonte no es completamente azul. Lo recorta la silueta de un velero de tres palos con todas sus velas extendidas... Es como una visión, como la imagen de un sueño, como pintado, como de cuento. Es el *Alexander von Humboldt II*, un buque escuela alemán que va rumbo a Sal. Con sus grandes alas es un poco más rápido que nosotros, por lo que no conseguimos acercarnos a más de dos millas. Aún así reconforta saber que no estamos del todo solos. El viento viene exactamente por la popa, rumbo a Mindelo, y llevamos más de la mitad del camino recorrido. Hemos visto las primeras "carabelas portuguesas" moviéndose a la deriva, señal de que nos acercamos al trópico.

El día fue un regalo, como pintado, como de cuento.



El Alexander von Humboldt II.

11/01/2012

Delfines (Capitán)

Nos despertamos al grito de ¡delfines, delfines! Samaya y Laia estaban de guardia por la mañana y los descubrieron en el horizonte. Por fin el regalo de Reyes. Laia lo había pedido en su carta. Era una bandada de muchos delfines distintos de los que vemos en el Mediterráneo. Más grandes y con la piel como a manchitas, unas negras oscuras y otras más claras. Nos acompañan un largo rato, un momento eterno, una pausa mágica, con ese aroma de paz que dejan a su paso y que llena de optimismo nuestros corazones. Seguimos con esta brisa de 6 a 7 nudos que desliza suavemente al *Trotamar* por un océano llano. No vamos más rápido que si fuéramos paseando despacito y cuesta arriba. Pero afortunadamente no tenemos prisa y disfrutamos de la tranquilidad.

12/01/2012

Apartamento con vistas al mar (Ana)

El *Trotamar* parece un pequeño apartamento con vistas al mar. El mar: un espacio azul que no cambia, sin olas, sin viento. Y seguimos viajando sobre el agua mientras la vida discurre a bordo como si estuviéramos en tierra o fondeados en una bahía. Pero por la ventana lo único que vemos



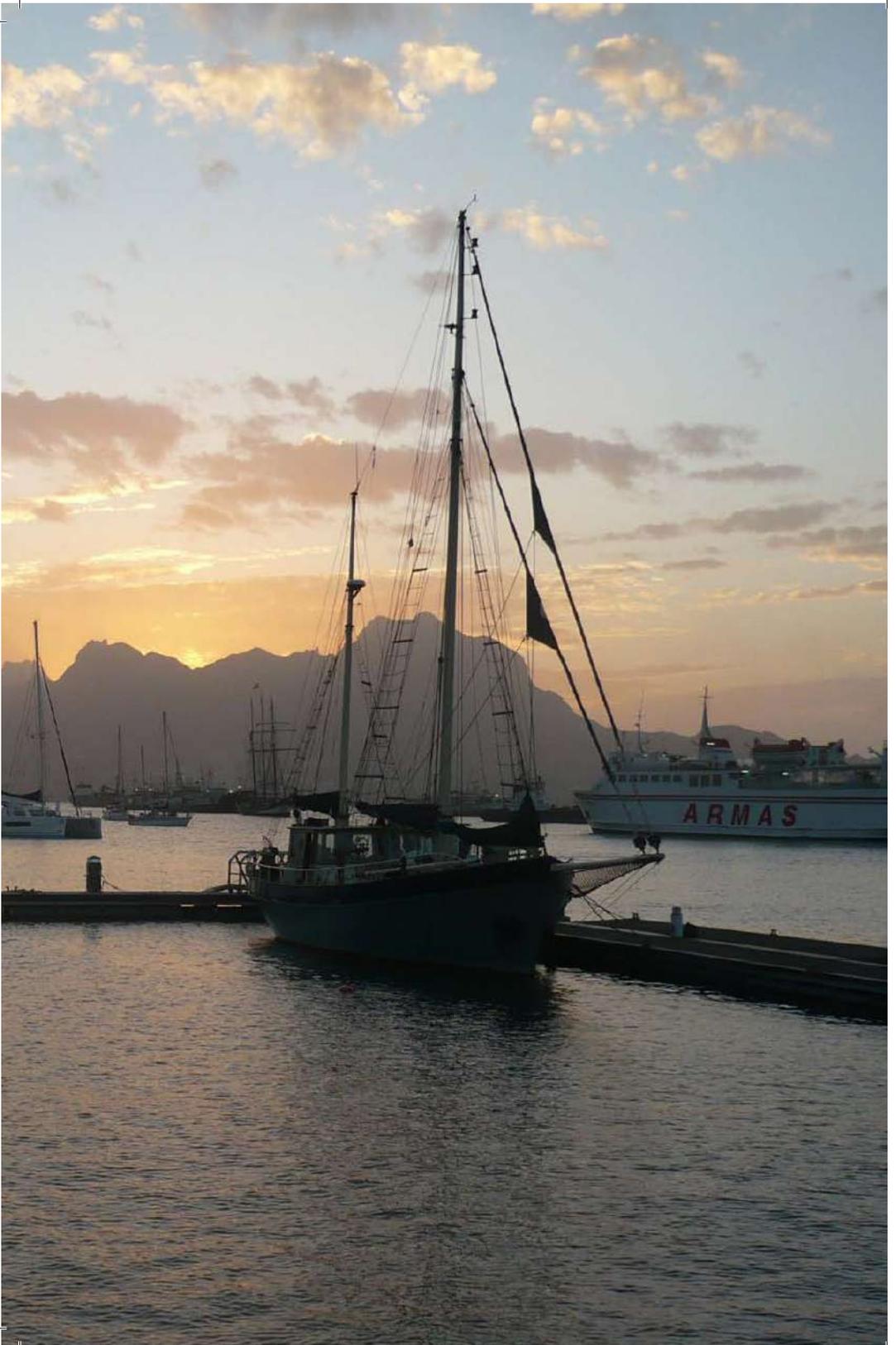
Los cuarenta polizontes.

es una inmensa superficie azul que se extiende al infinito en todas direcciones, allá donde mires ves el mar y nada más que el mar. Y a pesar de ser siempre el mismo mar, el paisaje cambia a cada momento. En las últimas 24 horas hemos recorrido 85 millas, no está nada mal para estar como en un apartamento.

15/01/2012

40 tripulantes (Capitán)

Aún no me lo creo, pero ya estamos en Cabo Verde. Pasamos un primer día sin viento y a motor, otro con más viento y otro con poco viento y sin olas; y otro, y otro, y otro, y otro... así hasta un total de siete días. 742 millas dejándonos llevar por la brisa sobre un océano tranquilo. Todo fue bien para los 40 tripulantes del *Trotamar*. Sí, no, no me equivoco, no he contado mal, son 40 entre leones, ratones, loros, lobos, cuervos, tiburones, sirenas, delfines, osos y ranas. Viajar con niños es viajar con sus ilusiones, las que se ven y las que no se ven, y a veces las primeras ocupan bastante espacio para un lugar tan pequeño.



VELOCIDAD DE AÑORANZA

*La velocidad de añoranza no se mide en kilómetros.
Es la velocidad con la que se viaja cuando se quiere
estar junto a alguien a quien se quiere.*

Cuando estás en el barco a pocas horas de destino sientes una sensación extraña. Se acaba el viaje, o digámoslo así: se acaba esta forma genial de viajar por la vida. Se acabó la libertad de ir y venir según el viento, se acabó la sensación de estar de vacaciones. Cada uno tendrá que comenzar con sus obligaciones. Ya no podremos estar todo el día juntos, dilatar las horas y compartir cada momento de nuestra aventura. Ya no podremos ir descalzos y semi desnudos por el mundo. Ya no será el parte meteorológico el que decida cuándo partir a nuestro próximo destino, ni viajaremos, en todos los sentidos de la palabra, a velocidad de tortuga. Ahora tendremos que ir con la rapidez que impone la rutina del día a día: sometidos al reloj mecánico y no al interno que, regido por la armonía natural del día y la noche, marcó nuestro ritmo durante los seis meses de nuestro viaje. Ya no estaremos en ese escenario único en el que se ve el horizonte infinito, por el que se esconde la luna y se asoma el sol. No será fácil llegar cada día al sitio preciso a disfrutar gratis del espectáculo de luz y color, a despedir el día en silencio, justo cuando los destellos de luz reflejan en el agua y tiñen de mil matices el cielo.

Viajaremos rápido, muy rápido, y tendremos que arriesgar la vida casi cada día viajando a 130 km por hora en una caja frágil con ruedas, por autopistas y carreteras atiborradas de locos que conducen a más velocidad de la permitida mientras leen mensajes en el móvil.

En esas pocas horas que quedan para la llegada, dan ganas de reducir vela y reducir todavía más la velocidad para alargar el viaje y demorar el regreso.

Solo hay una fuerza que te impulsa: la añoranza. La añoranza que durante el tiempo que estuviste lejos se fue amontonando en tu sentimiento, el deseo de abrazar de nuevo a los tuyos, de contar y compartir las experiencias vividas, de volver a sentir de cerca el cariño de los de siempre, de volver a habitar los mismos espacios y ver los paisajes cotidianos cargados de recuerdos. Y entonces quieres volar y llegar cuanto antes a destino.

Y sin saber cómo, de repente nos vimos en la cola eterna del aeropuerto con zapatos y pantalones largos, y nos sentimos seres extraños, muy extraños. Acostumbrados a tener el cielo como techo, cuesta estar confinados en un edificio que limita en todas direcciones tu mirada. El aire ya no huele a mar y hay que compartirlo con centenares de pasajeros hacinados en pocos metros cuadrados, que no intercambian ni un saludo, ni una sonrisa, ni siquiera la mirada. Es un contraste fuerte cuando durante tres semanas fuimos los únicos cinco tripulantes en muchas millas a la redonda y estabas habituado, en tu vida de nómada marinero, a intercambiar saludos y miradas con todo el que te cruzas. Ya no se oye el murmullo de las olas, y en su lugar una voz metálica en *off* repite insistente todo el rato la misma frase que te recuerda la sociedad en la que vivimos, insegura e incierta:

«Por su propio interés, rogamos mantengan sus pertenencias controladas en todo momento».

En la mirada del Capitán se ve todavía el mar y se le sale a gotitas por la rendija de sus ojos. Un mar triste que refleja un cielo gris, de trabajo y obligaciones. Pero no todo es tan gris, también adivino un rayo de sol cálido. Llegar y recibir, partir y despedir, es parte de la vida, y a nosotros nos toca ahora llegar y recibir el abrazo de los nuestros. Continuaremos nuestro viaje por la vida y disfrutaremos de la llegada como lo hicimos del camino.

«Pasajeros del vuelo TP 2345 con destino Lisboa, embarquen por favor por la puerta número 2», dice la voz en *off*, y empieza el desfile de viajeros en una misma dirección, con maletas y mochilas cargadas de cosas. Las nuestras van llenas de vivencias, de una buena colección de momentos mágicos.

Nos vamos. En unas horas, antes de que llegue nuestra alma a destino, estaremos allá. Me gusta mucho más viajar en barco a velocidad de tardanza que en avión.



La vida es así

(basado en el Poema “No te rindas” de Mario Benedetti)

*Si la vida crees que te trata mal
mira un poco a tu alrededor:
siempre hay una razón que te hace reír,
la vida es así.*

*Busca una razón para ser feliz aquí, no está lejos,
no te rindas, que la vida es eso: seguir tus sueños
y luchar, y llorar y reír, porque la vida,
la vida es así.*

*Si la vida piensas que se te escapó
y te llevó toda ilusión
siempre estás a tiempo de volver a volar,
aún hay vida en ti.*

*Porque no estás solo, porque yo, porque yo te quiero,
no te rindas, aún estás a tiempo a vivir de nuevo,
desear, celebrar y recuperar la risa,
la vida es así.*

*Si la vida te da solo una razón
para vivirla sin temor,
suelta amarras otra vez, sin miedo a perder,
no temas, ilánzate!*

*Continúa el viaje, sigue allí, allí, tu camino
y disfruta siempre la llegada a tu destino,
aprender a llegar, o partir y despedirse,
la vida es así.*



DIARIO DE A BORDO VIDA EN TIERRA, A LA VISTA



Los delfines anuncian la llegada a tierra.

08/06/2012

Día 21 (Capitán)

Hoy le leí a Laia el libro de *Paolo y Panetto*. Me encanta el párrafo en el que Paolo y Panetto vuelan a lomo de un ganso y dicen:

–¿A qué velocidad volamos?

Panetto responde, chillando contra el viento:

–Velocidad de añoranza.

–¿Velocidad de añoranza?

–¿Qué es exactamente? ¿Cuántos kilómetros por hora?

–La velocidad de añoranza no se mide en kilómetros. Es la velocidad con la que se viaja cuando se quiere estar junto a alguien a quien se quiere.

–Entonces será muy rápido –responde Paolo.

Así viajamos nosotros ahora, como cuando se quiere estar junto a alguien a quien se quiere, navegando rápidos a una velocidad de 5

nudos, que equivale a 9 km/h. Estoy sentado en la mesa de cartas y tengo guardia. Afuera la humedad lo empapa todo y una densa niebla oculta el horizonte. Cada diez minutos asomo la cabeza para vigilar en la negrura. Si no fuera por el suave gorgoteo del agua en el casco creería que estamos fondeados; ningún movimiento brusco, ningún balanceo violento. Una suave brisa que nos desliza sobre el océano. ¡Y así durante casi la mitad de toda la travesía! ¡Qué diferencia con el viaje de ida con el vaivén de los alisios!

09/06/2012

Día 22, tierra a la vista

Ya casi en nuestro destino. El viento nos empuja a 6 y 7 nudos. Teníamos prevista la llegada el domingo al mediodía, pero parece que llegaremos esta misma noche, pues quedan 40 millas, y a esta velocidad nos costará 6 o 7 horas. Para llegar de día tendríamos que bajar nuestra velocidad a 3 nudos, lo cual es difícil e incómodo con este viento. Así que como ya ha ocurrido más de una vez nos acercaremos de noche a un puerto que no conocemos, la marina de Horta, en la isla de Faial, en Azores. Entraremos despacio y si hay un sitio bueno amarraremos, si no lo vemos claro volveremos a salir y esperaremos cerca del puerto hasta que amanezca. Hoy vimos de lejos delfines, pero las famosas ballenas de Azores no salieron a recibirnos. Se acabó una travesía de 22 días, la más larga para todos y una de las más largas que ha hecho el *Trotamar*. Nos ha fallado el enrollador del *Génova*, pero llevamos suficientes velas de proa de repuesto, así que no ha sido un problema. Y se nos ha roto el spinaker de viejo, pobre, era tan bonito con tantos colores, pero tenía 30 años, muchas horas ondulando al viento y muchos remiendos. El *Trotamar* lleva 7.460 millas navegadas desde que salimos de Barcelona.

Rafael: Termina esta singladura, que es una adicional a las que llevo realizadas y a las que, espero, aún me faltan por hacer, dentro de la larga navegación de la vida. Estoy contento porque ha sido una buena travesía. Conocí a gente encantadora, como la familia Coconut, la del *Jumanji*, Xurxo, el Capitán del hermoso velero. Hemos convivido felizmente en el



La tripulación al completo en las últimas millas de la travesía.

Trota y hemos disfrutado de la luz, el sol, el silencio, las olas, el viento, la noche, la luna, las olas, los pájaros, los delfines, las charlas, el chocolate, el trabajo. Y estoy feliz de volver para ver a los míos, pero tristón porque se acaba. Se terminan estos días de convivencia y de soledad a la vez, de estar solo con uno mismo además de pasar buenos ratos con los demás. De prescindir de mil cosas y llenarse con un millón de otras distintas. Orgulloso de este equipo que ha sabido cruzar todo el océano sin un solo problema en una travesía que sobre el papel es más compleja que la de ida. Estoy esperanzado con que no será la última, que tras esta habrá otros largos días surcando las olas de este u otro océano.

Andrea: ¡Todavía no me puedo creer que realmente haya hecho esta travesía! La decisión de hacer las maletas y volar sin pensarlo dos veces hacia el Caribe (en tres días desde la idea hasta estar en el avión) fue realmente una buena decisión. No había tiempo para pensar, ni tiempo para organizar. Hubo situaciones en la travesía en las que pensé que hubiera estado bien prepararme mejor para este viaje: tal vez llevar uno o dos libros y un poquito más que mi equipaje de 7 kilos con lo indispensable. Pero al final no me hizo falta nada, aunque no hubiera estado de más tener alguna camiseta de repuesto, para sustituir esta



Andrea jugando con Laia y Pajarraco, la mascota del Trotamar.

apestosa con la que atravesé todo el Atlántico, y también un buen pijama para los ratos de descanso de noche. Disfruté mucho de la travesía, de la tranquilidad y del tiempo para pensar. Ninguna cita en todo este tiempo, el móvil apagado y, lo mejor, vivir sin compromisos y obligaciones, poder hacer lo que apetece. Cada día me sorprendía lo espacioso que puede ser este barco, que en realidad es un pequeño cajón; nunca he tenido la sensación de molestarnos el uno al otro. Siempre hay un lugar para hacer lo que quieres: puedes estar con todos en la bañera haciendo manualidades, o simplemente de charla, o sentarte tranquilamente en soledad para ver el mar, o tumbarte en una esquina y dormir un poco. Después del bonito día de sol que hemos tenido hoy y el atún que pescamos ayer noche, cuesta despedirse. Estoy un poco triste al pensar que este viaje acaba en pocas horas.

Ana: El corazón nunca engaña. Escuchándolo decidí decir que sí a esta aventura. Y vuelvo feliz y satisfecha de haber vivido juntos esta preciosa experiencia.

Laia: ¡Yo no quiero llegar!

TROTAMAR III
STARNBERG



Extraterrestres en Tierra

Parece que ha pasado mucho tiempo desde que dejamos de vivir en el mar, pero seguimos como extraterrestres en tierra. Hace exactamente 20 días que el *Trotamar* no flota sobre el agua. Se sostiene con sus patas de metal sujetas con cabos. A bordo del *Trota*, en seco, en tierra, es la única vez que he sentido que algo se mueve bajo mis pies. Cuando estás tanto tiempo viviendo en el mar ya no sientes el balanceo al bajar a tierra, pero cuando estás dentro de un barco que no flota te parece que sigue bailando. Se quedó allí sola nuestra pequeña casita flotante que ya no nada. La limpiamos por dentro hasta sacar brillo a las maderas y el Capitán le quitó la suave capa de algas que cubrían su panza con una caricia de agua dulce. Le quitamos las velas y sellamos al fiel *Timoteo*, su piloto de viento.

—Ahora es un barco con patas que no tiene alas y no puede navegar—decía Laia mientras subía sin mirar la vertiginosa escalera que nos llevaba a bordo.

Durante una semana limpiamos y ordenamos lo que habíamos utilizado en seis meses: once lavadoras de ropa descolorida y rota, mantas llenas de sal, toallas acartonadas, más de 20 paños de cocina con mucha suciedad acumulada, uno por día de travesía; dos botes de “limpia todo” y mucha energía para limpiarlo todo. Y muy temprano una mañana volamos hacia Lisboa con una maleta con treinta y ocho peluches y un coco del Caribe, arena en los zapatos y tres mochilas de mano con cientos de cosas, libros, colores y caracolas de mar. Pasamos más de cinco horas en el aeropuerto, perdida la mirada, perdido el sentido... y ya muy tarde volamos hacia Barcelona.

